

Campanas de...



A través de las ventanas ojivales, los rayos de luz iluminan el arranque de los escalones. Al principio sólo se ven las tejas y algunas palomas que han anidado en ellas; luego, en las otras ventanas se distinguen las cúpulas azules y el cimborrio de la catedral, y las calles estrechitas y más palomas, y cielo y árboles.

Después de subir 137 gradas llegamos al campanario. En el campanario hay un grabado de Santa Bárbara con el ruego «Ora pro nobis». Lo colocaron hace siglos para pedir protección cuando las tormentas de otoño desencadenan su furia y los rayos parecen dardos contra la tierra. También en la misma pared de Santa Bárbara existe una pintura antiquísima que representa a dos ángeles con la custodia.

José Estellés, el campanero, es un hombre de edad mediana, algo serio, algo triste, como forjado en el silencio y en la soledad de las alturas.

Las campanas grandes tienen la voz profunda: «Jaime», «Manuel», «Andrés» y «Vicente»; son «les senents». Las campanas pequeñas, «les moiranes», cantan y hablan de un modo suave, joven: «Pablo», «Narciso», «Bárbara», «Catalina», «Eloy», «Vicente» y «Ursula».

José Estellés nos descubre los matices de cada una de ellas: «Eloy» es alegre —y nos invita a oír el sonido propio para cantar victorias y gloria—, «Narciso» muy triste, «Narciso» es para el toque de ánimas.»

El campanario está lleno de secretos de pequeños detalles, que sólo él conoce. «Miren: sobre la campana «Manuel» ha un dragón, un pequeño dragón, que se fundió con el bronce para vivir siglos y siglos...» «Han visto la matraca?... La matraca está en la esquila de la campana de «Santa Bárbara». La matraca es para Semana Santa, para los días en que el Señor está muerto, y los cristianos lloran luto en el alma.»

Antes de que el sol aparezca en el horizonte, cuando se anuncia la aurora, el campanero tira de las pesadas cuerda y las campanas cantan el toque de alba. Una canción alegre que resuena en el barrio antiguo de Valencia, en el barrio de las callejas, de los palacios, de los portales con escudos, faroles y leonardía.

Después del toque de alba, a las siete de la mañana, las campanas de nuestro Miguelito rezan el Ave María, parece para la mañana que empieza con vuelo de palomas y una esperanza en cada hombre. A las nueve, el toque de coro, que se...



Miguelete

pite a las tres y media de la tarde y a las ocho. El Angelus, a las doce, requiere campanas alegres, como la plenitud del día y la salutación a la Virgen; el toque de ánimas, con la primera oscuridad de la noche, es apagado, como un lamento que se queda allí.

Cada día, cada rezó, cada fiesta, exige la voz de una campana. La «María de la Asunción», que pesa 3.800 kilos, se volteja en las festividades grandes y se necesitan cinco hombres... "Da gusto escucharla; parece como si se llenaran los aires y el cielo."

Cincuenta peldaños más arriba está la terraza. Y debajo está Valencia, hermosa, llena de luz, de colores, de campanarios y cúpulas.

La terraza tiene una barandilla de hierro. Rodean a la barandilla gárgolas descabezadas y plantas silvestres. "Esas plantas curan el dolor de muelas; son plantas de monte alto." Nos lo asegura Amancio Cebrián, que hace de cicloronista en la terraza del Miguelete.

Amancio, casi viejo, pero fuerte, moreno, viste un mono azul y guarda en sus bolsillos dos pares de gomas que presta a los turistas. Amancio en seguida empieza a decir: "Señores, estamos en el corazón de Valencia; pegado al Miguelete pueden usted ver el barrio antiguo de Valencia. El Miguelete mide 51 metros hasta la terraza y tiene 50 metros de perímetro. Esta es la famosa campana «Miguel», en valenciano «Miguelete», que pesa 11.000 kilos; es la segunda de España; la primera está en Toledo y pesa 17.500 kilos."

La fuente de la plaza de la Virgen tiene destellos de plata. La huerta es como una pincelada verde aquí y allá. Toda es ciudad y pueblos cercanos, con sus casas encaladas y sus iglesias. El mar brilla con un intenso azul, como el cielo, y también brilla la Albufera, mientras que los montes, en la lejanía, están cargados de sombra.

Un retazo del pasado. Un presente espléndido en esa Valencia hermosísima que se moderniza, que florece, sin olvidar nunca el Miguelete; una ciudad con campanas centenarias que cantan a la aurora, a la Virgen, y por la noche tienen una plegaria triste. Campanas que marcan las horas, las alegrías y las tristezas de nuestro pueblo.

M. ANGELES ARAZO

(Fotos Luis Vidal.)

